

Cena del Señor – Jueves Santo (28-03-24)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos en el momento decisivo de la vida de Jesús. Él le llama “su hora”, porque es su hora de pasar de este mundo al Padre. Jesús, como todos nosotros, sabe que ese día, ese tiempo, esa hora, es una hora difícil, y si nos tocará a nosotros vivirla, tendríamos no solamente mucho miedo, sino también huiríamos.

¿Por qué no huye Jesús? Porque Él tiene una misión (y eso también lo aprenderemos todos poco a poco), que también va a ser la nuestra como cristianos: la hora de que, siendo creyentes, nos dejamos mover no por lo que nosotros necesitamos o sentimos o porque es nuestro derecho, sino, sobre todo, porque, amados por parte de Dios, hemos de realizar aquello que Él quiere en todo lo que tengamos delante por hacer.

Y hay personas - y en nuestras vidas también- hay momentos en los que hacemos ese gesto de Jesús. Entre esas personas que hacen el mismo gesto de Jesús están nuestras hermanas de las ollas comunes que han venido hoy día a visitarnos y a las cuales queremos hacer el mismo gesto que Jesús hizo en este Evangelio: ponernos a su servicio y decirles que la Iglesia está para servir a las personas que más necesitan.

Y lo hacemos porque el mismo Jesús, como ustedes, hermanas, lo hacen en sus lugares de origen, en sus barrios, en los cerros, en distintas partes en donde están viviendo, como lo hacen con sus hijos, ayudan más allá de su propia necesidad de pan.

¿Cuántas veces hemos visto a nuestras mamás quitarse el pan de la boca para darnos a nosotros desde pequeños? Porque, en primer lugar, para el verdadero cristiano, como para nuestro Dios, está el ser humano, el otro, la otra, y mucho más el desvalido, el que necesita. Y eso nos invita a vivir una vida feliz porque nos saca del enredo de nosotros mismos.

Ustedes conocen a esos perros que se mueren la cola, ¿no? ¿Han visto que están dando vueltas en sí mismos, como “diablo en botella”? (Eso, decimos, es una expresión criolla). Y tenemos, hoy día, mucho “diablo en botella” y mucho perro “que se muerde la cola”, pensando solo en sí mismos, sin mirar al Otro, sin mirar al futuro, sin mirar lo que nos puede pasar si no somos solidarios, porque Dios nos hizo para la solidaridad, nos hizo para adelante. El Señor no nos hizo con los ojos cerrados, o ¿hay alguno que está encerrado dentro de sí mismo o ha sido hecho al revés? A ver, mírense un ratito todos. ¿Somos hechos al revés? No!, somos hechos para afuera, para amar, para compartir, para dar nuestra vida. Y cuando nos vayamos de acá, nos vamos al Padre que nos llamó, no vamos al vacío ni a la muerte.

Y las personas que no desarrollan la capacidad de amar, no maduran. La madurez no es una cuestión solamente de crecer y de amontonar y de tener muchas cosas. La madurez, el crecimiento verdadero, es aprender a salir, a compartir y a generar un mundo distinto lleno de vida, de alegría, de esperanza. Pero, como hemos dicho varias veces, el egoísmo que tenemos también porque somos un “yo” cada uno, una persona que, por lo tanto, tiene dentro de sí unos ciertos valores propios, descubre poco a poco

que esos valores son para ser compartidos y no para ser estrechados.

Y qué bonito que han venido con sus niños, hoy día, porque con esos niños van a ir creciendo y van a aprender a amar como ustedes los han amado, hermanas. Y les estamos muy agradecidos porque, en este gesto, nuestra Iglesia se une a ustedes y quiere ser ese signo en nuestro país para que nos hermanemos y todos los egoísmos comiencen a desaparecer.

Y cuantos más seamos en este camino de fe, más se ensancha la solidaridad y la vida en nuestro pueblo y todos cedemos a lo que es el amor gratuito y generoso, que es lo que debe gobernar nuestro país. No debe gobernar el desprecio, el maltrato, la agresión, el insulto, el aprovechamiento, la mentira, los negocios sucios, los amarres bajo la mesa, tantas cosas que vemos en estos días, como las leyes perniciosas que se están creando y que no nos llevan a ninguna parte, solamente nos llevan al bolsillo de los pocos que han organizado esas leyes y olvidan completamente los bolsillos de los pobres que quedan sin nada.

Hoy día, el Señor nos dice: *“¿Han visto lo que he hecho con ustedes? Háganlo también ustedes, entre ustedes”*. Esa tarea, hermanos y hermanas, es para todos los aspectos de nuestras vidas. Por ejemplo, en la forma de hacer una hermandad, en donde tienen que turnarse los cargos y no estar eternamente todos en el mismo cargo. A veces, nos pasa eso ¿no?

En la vida social, cuando todos tenemos que participar y donde no solamente tenemos que participar en las elecciones, porque la verdadera democracia significa que

sea ancha y que todos participemos y digamos nuestra palabra. Por eso, el Papa Francisco ha dicho que la Iglesia va a cambiar en su forma. Estamos ahora yendo a la segunda sesión del Sínodo sobre la Sinodalidad. Quizás, es una palabra un poco rara para todos ustedes.

Sinodalidad significa “caminar juntos”, conversar juntos, preguntarle al Señor qué quiere y decidir juntos. Y, entonces, quien está en el primer lugar, está debajo de todos, es decir, a su servicio. Quizás, nuestra Iglesia no supo que tenía una manera genial de poder aportar al mundo con una democracia mucho más abierta, mucho más profunda, que era el camino sinodal de la propia Iglesia.

Aportamos, antes, con la idea de comunidad, pero siempre la idea de comunidad tiene dos problemas: 1) que podemos encerrarnos en una comunidad chiquita que no abre las puertas al Otro; 2) que no es necesariamente dinámica, es decir, la solemos entender “estática”. Y nuestro Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo dinámico, que está relacionado íntimamente, pero que sale de sí y nos crea, pero no nos crea fuera de Él, nos crea dentro de Él y nos acompaña y se juega por nosotros. Y, por eso, Jesús se juega por nosotros en esta Semana Santa como recuerdo de hace más de 20 siglos, en donde el mismo Dios, hijo, murió por nosotros.

Esa es la diferencia de nuestro Dios, un Dios que nos creó dentro de sí, siempre nos acompañó. Luego, cuando estábamos nosotros creados y con la creación, juntos, el Señor nos acompañaba y fue cambiando Él también, hasta que envió a su Hijo para que comprendiéramos ese amor. Y entendiendo esto, todos nosotros sentimos que no

estamos solos en el mundo, que siempre nos acompaña su amor.

Y su Hijo es el signo indeleble que no se puede borrar de la historia, de que es una historia acompañada, que somos una unidad acompañada, penetrada por el amor de Dios. Y que, si insistimos los cristianos una y otra vez en el amor, ese amor se realiza.

Y varios momentos de la historia y en el mundo han sido así. En medio de guerras y cosas tremendas, hay una especie de calor humano que empieza a surgir, y toda la gente se pone de acuerdo para decir: ¡Basta ya! Y las cosas se calman, y las cosas se empiezan a hacer de otra manera.

No nos vamos a cansar, como Iglesia, de insistir en que es posible no solamente la Paz en el mundo, sino la solución de los problemas de los pobres en nuestro país, en donde es necesario que todos hagamos concurso común para que el hambre no siga, y para hacer posible una solidaridad que no solamente se haga por momentos, sino que sea constitutiva en la nueva Patria peruana que deseamos, y cuya crisis estamos viviendo por el egoísmo y no por otra razón.

Es un problema humano profundo que el Señor viene a resolverlo haciendo el gesto de Lavado de los Pies. Y qué maravilla que el propio Señor, el propio Dios, **se anonade**. Su Hijo representa el amor de Dios infinito, de un Dios que está al servicio de la humanidad, y se ha querido revelar como nuestro amigo para que nadie se sienta solo, nadie sienta que las cosas no tienen solución; para que seamos persistentes siempre en busca de posibilidades nuevas. Y aún si es difícil remover ciertos egoísmos y ciertas

testarudeces y tonterías que hacemos los humanos, sabemos que la gracia triunfa sobre el pecado. Y ahí donde abundaba el pecado, como dice San Pablo, sobreabundó la gracia.

Por eso, hermanos y hermanas, ahora, como signo indeleble del amor del Señor, vamos a hacer el gesto invitando a nuestras hermanas y sus niñitos a que se acerquen para, haciendo una pequeña comunidad, pueda en nombre del Señor, lavar sus pies como signo de lo que el Señor nos ha dicho que hagamos por amor a toda la humanidad. Y, representando ese amor en la Iglesia, hagamos posible que vivamos y anunciemos el Evangelio con signos reales de solidaridad.